



Primeras reliquias

~ ISABEL ARAYA ALEMPARTE ~







A mis hijos Rafael, Ignacio, Mariana y Salvador







PRÓLOGO

Roberto Merino

En un sentido literal, este es un libro encantador. Presenta una realidad psicológica –introspectiva, retrospectiva– proyectada sobre el fondo desdibujado de una familia chilena. Esto en la mayoría de los textos reunidos. Hay momentos en que la luz de esta proyección va del presente hacia el pasado y otros en que hace la ruta inversa, pero prima más bien el hecho de que ambos sustratos temporales se reflejan mutuamente.

Isabel Araya, en el prefacio, confiesa una incomodidad inicial con la escritura. Pareciera preguntarse para qué escribir mientras se pueda hablar, una pregunta infantil difícil de contestar por lo radical y metafísica. Más adelante a Isabel la respuesta “se le sale”: la escritura es a su entender “pensamiento





con entonación”, o sea una manera de modalizar, afinar, afiatar aquello que en su estado primitivo es un caos. La mirada infantil es lo que se quiere recuperar aquí para la aclaración de los rasgos que en el adulto se han vuelto turbios. Esa mirada puede revelar las cosas invisibles por lado del revés.

Otro supuesto de la autora: que la escritura desata nudos ciegos y deja caer de una vez las cosas pendientes. No hay cómo no empatizar con la narradora, el personaje principal o quien sea que lleve en estos textos el punto de vista. En efecto, se podría decir que el punto de vista es el tema central del libro, su problema iluminador. La niña que observa el mundo es a la vez una insistente observadora de sí misma. Casi siempre aislada, recortada en el entorno inmediato, intenta ajustar su cuerpo a la mirada de los demás: quedar a foco, por aplicar un símil fotográfico. En la ansiedad de obtener la aprobación ajena se apura en despreciar.

Primeras reliquias es precisamente eso: una colección de objetos rituales que se conservan para sacralizar la huella existencial de una persona. En este caso los objetos son escenas que han emergido a la conciencia. Se trata de escenas de distintas épocas, de distintas edades, heterogéneas como los componentes de cualquier colección. Se trata también de epifanías del miedo, de la obsesión, de la soledad, de la extrañeza.

Decía al comienzo que este es un libro encantador en un sentido literal. Quizás lo sea en varios sentidos, incluido el





más familiar y cotidiano de la expresión. Hay una amabilidad aun en el modo en que Isabel Araya recupera los eslabones más borrosos y dolorosos de la vida. Logra transferirle al que lee su modo de pensar (finalmente un tipo de entonación) y su modo de reconstituir episodios perdidos: fijación de detalles sensoriales, humanización de objetos (como los retazos de género y los calcetines huachos) y el protagonismo de una mente que se distrae permantemente en un curso digresivo. Es curioso: me atrevería a decir que no hay en toda la extensión del libro referencias de época ni geográficas, y sin embargo todo cuando sucede en él es más o menos ubicable, más o menos reconocible. Las playas, la calles, las distancias, los interiores, los pasillos del colegio, los lugares de detención, los países lejanos, todo eso está puesto como si se quisiera escamotear la información en beneficio de algo que se intuye esencial.

Ignoro si tras la escritura de *Primeras reliquias* hubo un plan de acción, un esquema. Hay obras que son engañosas al aparecer desmañanadas manteniendo un trasfondo razonado. A mí me da la impresión de que el magnetismo que genera este libro procede de que hay en él una cuestión inconclusa, irregular, como si en sus páginas encontráramos los restos de una investigación secretamente quebrada.







PREFACIO

En mi cama de tres plazas, ya suelta de las armaduras para vivir el día, libero mi consistencia sobre esta cómoda superficie para intentar revisarme desde el revés. El cuerpo en su reverso me parece algo repulsivo y rechazo recorrerlo por feo y complicado. Este noble espacio, continente de un funcionamiento tan principal, no deseo entenderlo más a fondo. Su aspecto y colorido sanguinolento lo asocio a los dolores. Me parece que su mecanismo es demasiado racional y temo conocerlo en detalle. Prefiero admirarlo por ser quien atiende los mandatos para existir. Aunque me asusta su antigüedad y la carencia de mayor belleza. Solo me detengo para repasar los gustos y goces que me prodiga a diario.

Mi alma está revuelta, las rabias soñolientas a punto de dormir, los ánimos pacientes, las ideas desordenadas y los





sentidos plácidos. Con esfuerzo me impongo una leve quietud y lanzando órdenes logro acomodar mi ser. Quiero pensar y lograr explicarme cómo escribir, cómo desamarrar lo anudado ciegamente. Tanteo, me registro y escarbo, me pongo de pie, voy al baño, siento hambre y al bostezar por tercera vez, comienzo a teclear.

Mi relación con la escritura pareciera ser el pensamiento con entonación, muchas veces rimas, casi siempre hispánicas. A pesar de ser hija de padre chileno, desde niña me atrajo España, que ha representado mi padre patria.

Le he huido siempre a escribir, aunque a los nueve años gané un concurso de poesía. Recibí un premio que escondí cuidadosamente junto al poema vencedor. Jamás lo volví a encontrar. Existieron otros intentos cuyos destinos fueron cajas ocultas que, luego de mudarme de casas, desaparecían. Ya antes de perderse habían dejado de vivir, me parecían mejores mis soliloquios.

En cambio, la expresión oral es para mí una aliada, me despierta el cuerpo y, tal como al bailar, embisto expresando y entregando trozos míos. Con frecuencia los oyentes me insinúan escribir, repetir por escrito lo recién dicho. Quedo triste y rabiosa. La desazón proviene del hecho que me desgasto y entusiasmo en hablarles bien. Entonces me siento muy sola, demasiado oral e insatisfecha de que mi persona no les baste en lo que ellos mismos han apreciado. A pesar de





que me encuentro repleta de letras, también abundan en mí palabras para dedicarlas en vivo a otros.

Algunos temores me paralizan al escribir y además mi vida me parece demasiado conocida por mí. Lo mío es mío y lo prestado deja de serlo al incrustarse en mí.

Sorteando los miedos, entrego estos relatos.







I







UNA NUEVA ESTRELLA

Estoy en un balneario, colmada de nostalgias por mis playas infantiles. De inmediato saboreo el olor del pan amasado con mantequilla traído desde casa para comerlo a media mañana, también huelo la fragancia del pan de huevo que no comemos, la vendedora vestida de un blanco relajante y total, con un pito desafinado ofrece esa perfumada delicia. Solo los fines de semana, cuando nos visita mi padre, comemos como una hostia el pan de huevo calentito como lo anuncia su amasadora. No sé distinguir si es el aroma de la crema con que nos embetunan el cuerpo para protegernos del sol, el olor de lo comestible, o si soy yo que lo mezclo y convierto todo en uno bajo ese sol brillante, sobre la arena caldeada como vereda del excitante mar azul habitado por temores y delicias.

Conocí durante esos primeros veraneos una playa donde había sucedido una tragedia. Un barco se hundió allí y en la arena fueron apareciendo cadáveres, ropas, joyas y lo que cada cual agregó a esta lista ilusoria. Con solo escuchar parte de ese episodio no quise visitar más el lugar e incluí una porción de terror a la inmensidad oceánica.

En la arena seca, cada día se instalaban hileras de carpas de lona muy amplias donde los veraneantes de cada familia nos desvestíamos por turnos. Eran momentos esperados, hacían





del paso por la carpa un trámite excitante. Al comienzo se vivía con recatos y reparos de ciudad, despojándonos de las ropas muy cuidadosamente, por partes, de espalda y sin mirar a los demás. Al correr los días, esta estadía se volvía más provocativa, habían miradas, aunque con disimulo, y a veces algún comentario. Cada cual quería parecer más mujer o más hombre, se comparaba, finalmente se resolvía y hasta se otorgaba calidad de ganador o líder al de mayor desarrollo físico y muchos complejos para los que aún eran niños. Con este galardón se volvía del veraneo.

El olor del océano salobre, yodado; el martillar de las olas provocador y temerario; la lona bajo el sol que proporcionaba una semisombra amarillenta, deliciosa capa salvadora del sofocante calor externo; la atmósfera preñada de olores a sudor, a transpiración inocente, a perfumes artificiales, a gases naturales de niños y adultos de todos los sexos que compartían la carpa, producía ese poderoso perfume a humanidad efervescente, olor imposible de olvidar, el de las carpas en la playa.

Entonces mi traje de baño era de lana, tejido con colores marinos y por manos familiares. Tardaba mucho tiempo en secarse. Yo lo usaba con orgullo a pesar de convertirse en otro atavío una vez mojado. Era mío, confeccionado para mí y tenía un lazo que me permitía ajustarlo a la cintura una vez que se convertía en una prenda crecida.





Cuando mis formas comenzaron a ser otras, en la adolescencia, una técnica distinta se preocupó de brindar telas favorables para nuestras curvas, sin necesidad del lazo a la cintura todo quedaba en su lugar y se lucía. El primero para mí en esta serie de sintéticos fue de color calipso, como el último de mi madre, amante del agua y de las aventuras marinas. Más que lucirlo me gustaba poseerlo, mostrarlo en mi cuerpo, aunque me asustaba, tal como me sucedía con el color del mar, sus goces y pavores. Sobre la arena, frente a las olas, al salir del agua marina competíamos todas por nuestros bañadores, nuestros cuerpos y aún más por las miradas que lográbamos atraer.

